

EL BANCO DE ESPAÑA

UNA HISTORIA ECONOMICA



tirse, a partir de ahora, en una obra de consulta y referencia imprescindible, dadas las pautas y vías que para la investigación de nuestra historia económica en él se apuntan.

Obra precisa de investigación histórica, de un ejemplar rigor metodológico y de una exhaustiva documentación —a la que se somete a un detallado estudio crítico— es la que recoge casi íntegramente la tesis doctoral del profesor Gonzalo Anes Álvarez sobre «Las crisis agrarias en la España moderna» (Ed. Tecnos, 1970), contribución fundamental a la explicación de la estructura económica del Antiguo Régimen de España, en la medida en que las crisis provocadas por las malas cosechas se presentan como especialmente significativas y reveladoras a la hora de analizar las tensiones sociales provocadas por el desigual reparto del producto económico entre las distintas categorías sociales, ya que dichas tensiones se agudizan y se explicitan a un nivel superior en los años de crisis. Sin duda, la obra del profesor Anes —de la que ya se dio noticia en otra ocasión— constituye, junto a la de Pierre Vilar sobre el desenvolvimiento económico de Cataluña, uno de los soportes básicos de la más reciente y sólida bibliografía sobre la historia económica de la España moderna.

Asimismo no puede dejarse de subrayar la importancia que, para la historia más inmediata de la economía y de la sociedad españolas tiene el libro —también, en su origen, una tesis doctoral—, de Edward Malefakis, «Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX» (Ariel, 1971), el intento más logrado de cuantos conocemos de explicar las motivaciones, desarrollo y des-

enlace de la reforma agraria de la Segunda República, aportando, por ello, dada la vital importancia de los problemas y tensiones sociales en el campo español durante las primeras décadas del siglo, una línea de interpretación global de la dialéctica de la sociedad española durante la década de los años treinta. Partiendo del estudio de la distribución de la propiedad de la tierra y de las relaciones de producción predominantes en algunos de los medios rurales españoles, Malefakis reconstruye después minuciosamente —dando pruebas de haber utilizado una amplia documentación— el proceso de reforma iniciado con la instauración del régimen republicano y prolongado, en circunstancias muy distintas, a lo largo de varios años, haciendo especial hincapié en la naturaleza y las características de las limitaciones de dicho proceso, dada la índole de realizaciones propuestas, la entidad de los diversos centros de poder económico y político y la dinámica del movimiento obrero, principalmente del entonces decisivo proletariado campesino.

Por último, esta breve noticia sobre algunas aportaciones recientes y fundamentales a la historia económica de España —que no va a impedir que les dediquemos mayor atención en próximas ocasiones—, debe concluirse haciendo referencia a la reedición del libro —ya clásico—, del profesor Juan Sardá, «La política monetaria y las fluctuaciones de la economía española en el siglo XIX» (Ariel, 1971), hecho que facilitará la lectura y consulta del mismo, aparecido por primera vez en 1948 y desde entonces considerado por cuantos han estudiado el siglo XIX español como una obra de extraordinario interés, abordando aspectos y problemas de imprescindible consideración cuando se intenta profundizar en la formación de la sociedad capitalista en España. ■ ARTURO LOPEZ MUÑOZ.

Delibes :

Caza, Naturaleza y libertad

«Y es este descubrimiento paulatino de los misterios del monte y de la vida animal lo que en el último extremo nos mantiene en acecho, en un vitalicio estado de alerta, que diría el maestro Ortega». Con estas palabras señala Delibes

el motor que desde siempre ha impulsado su pasión cinegética. «Más de seis lustros en el oficio», un «oficio» que inició al mudar los dientes recargando cartuchos a la vera de su padre, cazador también, como lo son sus hijos y lo serán —si una «civilización» salida de madre no llega a impedirlo— los nietos. La caza, en orden a comprender al hombre y al escritor que es Miguel Delibes, se hace fundamental. De la actividad venatoria, vivida hasta sus últimas consecuencias, le vienen al novelista vallisoletano sus más profundos valores: el aliento vital de la tierra, la sabiduría antigua de sus hombres y —nos atrevemos a decirlo— hasta la riqueza misma de su lenguaje. Si una tarde consumida a la espera de la paloma descubre, al examinar el buche de una torcaz abatida, que apenas hay en ella rastro de bellotas, tamaño descubrimiento le llevará «a echar un párrafo con los indígenas». Y de esos «indígenas» aprenderá los «misterios del monte y de la vida animal», amén de otras muchas cosas... relativas, también, al hombre. Este contacto vivo con la Naturaleza en estado puro, con los seres que la pueblan, es lo que salva a Delibes de lo que para otros sería escollo insorteable: la tentación de un lenguaje despoéticamente dominado. He aquí el milagro estilístico: el del equilibrio difícil, casi sobrehumano, entre una propiedad exhaustiva de léxico y la naturalidad del lenguaje. En el fiel de esa balanza supersensible, cuyo doble riesgo sería la pedantería, en un platillo, y la vulgaridad, en el otro, deberá situarse ese «O» matemático del equilibrio. Y ya hemos dicho de dónde procede a nuestro juicio. «Necesito escribir —dirá—, pero no soy feliz escribiendo, porque inevitablemente no sólo me quedo corto, sino que, consciente de mis limitaciones, advierto mi incapacidad para enderezar lo torcido. Esto no me sucede cuando escribo de caza. Para mí, escribir sobre asuntos de caza constituye, en cierto modo, una liberación de los condicionamientos que rigen el resto de mi actividad literaria. Si cuando me siento libre, escribiendo sobre caza reproduzco fielmente aquella placentera sensación, torno a sentirme libre y, por no operar, no opera sobre mí ni la coacción de la forma expresiva». La cita —quizá excesivamente larguísima— da la clave que decíamos: el escribir sobre caza «libera» a Delibes, y esa libertad

le salva luego en el resto de su producción. Su nuevo libro, «Con la escopeta al hombro» (1), ha sido escrito por entregas: durante la temporada de caza 1969-70 ha alternado el ejercicio cinegético dominical con la interpretación entre semana de sus incidencias en «El Noticiero



Universal». Después ha vuelto sobre esos recortes, teniendo en cuenta las apostillas que le hacían colegas cazadores, corroborando o desmintiendo sus conclusiones. El resultado se sitúa en la línea de «El libro de la caza menor» o «La caza de la perdiz roja». Y cabe decir, lo mismo que de aquellos, que este libro se halla muy lejos de ser exclusivamente para cazadores. La caza es, si se quiere, el soporte que sustenta lo humano y lo divino. Hay aquí desde el humor hasta la sociología, pasando por cosas como ética, psicología, ciencia, justicia, arte culinario, aventura y tipología, sin que tampoco falte la crítica. En una palabra, Delibes sale, una vez más, con su escopeta al hombro dispuesto a disparar huma-

(1) MIGUEL DELIBES. Con la escopeta al hombro. Ediciones Destino, Barcelona, 1970.

nismo a la vuelta de cada página. ■ BERNANDO DE ARRIZABALAGA.

Dos libros de poemas

«Las realidades terrenales me afectaban como visiones, y sólo como visiones, mientras las extrañas ideas del mundo de los sueños se tornaron, en cambio, no en pasto de mi existencia cotidiana, sino realmente en mi sola y entera existencia» (Edgar Allan Poe, «Berenice»).

La empresa de recuperar significados se difumina a lo largo de una historia por seis veces quinquenal, alucinada y alucinante, y así las cosas, Azúa (hombre que reside en su ciudad natal) emprende el eterno retorno —mejor quizá: abandona la gatera y se adhiere al proceso, a la «conspiración»— hacia lo amniótico, a la búsqueda de una cosmogonía perdida y, como siempre, anfibia y manierista. Sin embargo, el claustro no perdona y esto le lleva a toparse, ya en el fondo del mar, con el argumento crítico que reposa bajo la especie de galeón de Drake sólo reconocible por ese mascarón en forma de narval. El asunto se inicia con un Villancico introductorio a caballo de Esopo y Francisco de Asís (1).

Como ocurre en estos casos, las líneas precedentes quizá no aclaren gran cosa para el lector circunstancial de poesía. De los trabajos que componen el libro estimo de un gran valor las dos partes que integran El rostro de Agamenón, una composición inteligente y sumamente cuidada que conduce rápidamente a una relectura de Poe, sin desdeñar influencias del mejor Alexandre. El resto de los poemas resulta desigual excepción hecha de un par de ellos: Sacramento y Penny.

Y diametralmente opuesto al libro de Azúa, el recientemente publicado de la Sitwell (2), una poetisa de ánimo panteísta y estilo soberanamente «camp». Edith Sitwell nació en Scarborough (Inglaterra) en 1887 y murió en 1964, tras un fugaz conocimiento de una de sus más rendidas «fans», Marilyn Monroe. Los periódicos comentaron su óbito en artículos a cuatro columnas, aireando una personalidad dominante y jocosa (3), cuya leyenda iba a

(1) «El velo en el rostro de Agamenón», Félix de Azúa. El Bardo, 1970.

(2) «Cánticos del sol, de la vida y de la muerte», Edith Sitwell. Colección Visor, 1971.

(3) «Norma Jean», Frederick Giles. Lumen, 1970.